

LAS ADOLESCENTES FRENTE AL PROBLEMA DE LA INICIACION SEXUAL

Carlos ALCALDE GÓMEZ, F. S. C.
Salamanca

I.—PARTE GENERAL

ACLARACIÓN PREVIA.

El trabajo que vamos a presentar no es más que la continuación de otro del mismo género realizado entre muchachos y aparecido en las páginas de esta misma revista ¹. Lo hemos emprendido a petición de algunas educadoras religiosas y seglares, así como de varias madres de familia, quienes, después de escuchar los resultados obtenidos con los muchachos, nos alentaron a proseguir la investigación entre las muchachas. La experiencia obtenida nos facilitaba el trabajo y nos animaba a emprenderlo. Mas el temor de no conseguir entre las chicas el mismo grado de sinceridad que entre los chicos hacía que nos mostrásemos remisos e indecisos para lanzar la encuesta. Por fin, el deseo de ayudar también a las jóvenes a resolver los intrincados problemas que originan todavía estas «complicadas» cuestiones por

¹ Cf. SÍNITE, 4 (1963), 165-172 y 309-338 y 5 (1964), 77-92.

falta de una oportuna, prudente, sincera y decidida ilustración desvaneció nuestros infundados temores y nos decidimos a probar fortuna. Los resultados, como iremos viendo, han sido plenamente satisfactorios. He aquí, a modo de primicias, algunas declaraciones:

«La falta de táctica y orientación de mis padres ha originado años de dudas y numerosos pecados. Por lo que deseo que las chicas de otras generaciones no sufran lo que hemos sufrido muchas de nosotras. Y si alguna vez tengo hijos, (pienso) explicarles esto en el momento oportuno, para que no lo desvaloricen» (16) *.

«Yo rogaría a los padres de todo el mundo que fuesen más valientes y que no temieran que sus hijas crecieran, en el sentido de que, aunque ellos no nos lo digan, nosotras nos hacemos mayores, y cuanto más tardan sus confidencias, más difícilmente nos acostumbramos a que sean cosas normales. Pues sólo las cosas que no están bien, se ocultan; y ellos todas estas cuestiones jamás nos las han dicho.

Gracias por querer ayudar a las jóvenes. ¡Lo necesitamos!» (18,9).

«Alabo y me parece grandiosa su obra. Agradeceríamos todas las jóvenes que usted se pusiera en contacto con la Prensa o la Televisión, para que nuestros padres se enteraran y desengañaran de todo lo que piensan respecto a esto. Pues es más, dicen algunos que una chica se debería conservar inocente respecto a esto hasta los dieciocho años. ¡Absurdo!» (15,7).

«Tengo una madre buenísima, casi una santa. Pero la acuso, y siempre lo haré, de no haber sido ella quien me hubiese informado. Me habría ayudado más de lo que se imagina. ¡Lástima que no haya sabido hacerlo!» (16,6).

«Muchas gracias, Hermano, por haber sido la única persona que pretende aclararnos estos problemas tan necesarios para una joven ignorante de la mayoría de las cosas, y (que), hasta ahora, no se ha atrevido a preguntarlas. Y es una vergüenza estar en Preu o en cursos superiores, y no saberlas» (16,3).

LAS PREGUNTAS «TEMIDAS» DE LOS NIÑOS.

«Me acuerdo perfectamente —escribe un adolescente de dieciséis años— que apenas aprendí a hablar (seguramente es un poco exagerado), pregunté de dónde venían los niños. Me dijeron que de Dios. Y al pedir a quién se los entrega Dios, me contestaban que al médico. Y al preguntar cómo podía el médico ver a Dios, me decían que me callase y que no pensase en ello. Increíble. Pero me acuerdo perfectamente de eso a mis cuatro, cinco o, a lo más, seis años. Cinco seguramente.»

* Los números entre paréntesis expresan edades. Los meses van separados de los años por una coma. Así, 15,4 significa quince años y cuatro meses.

Este muchacho —que reconoce «haber sido siempre un chico muy adelantado»— acaba de expresar gráficamente una nota típica de la psicología infantil. Al llegar a la llamada segunda infancia, que discurre aproximadamente entre los tres y los seis años, surge de pronto en el niño una curiosidad insaciable de saber el porqué y el para qué de las cosas que le rodean. Dicha curiosidad se pone prácticamente de manifiesto en las innumerables preguntas con que el muchachito acosa, a veces, materialmente al adulto. En este bombardeo de interrogaciones, y cuando menos se espera, explota un tipo especial de preguntas: las que, como en el caso citado, pretenden indagar el origen o la procedencia de los niños. La cosa es del todo natural, consecuencia de la evolución psicosomática del pequeño. Se trata de un fenómeno meramente psicológico, en el que ni existe ni debe verse malicia alguna por parte del niño, sino la simple manifestación de su deseo natural de saber. Es, pues, de carácter exclusivamente intelectual, no tiene nada que ver con los intereses sexuales, como pretenden sostener abusivamente algunas escuelas psicoanalíticas, y, sobre todo, debe satisfacerse.

Tal vez no resulte del todo ocioso advertir aquí que no siempre formula el niño esas preguntas en la edad señalada. Puede plantearlas más tarde, a los siete, ocho, nueve o diez años, por ejemplo. También puede suceder que no llegue a expresarlas nunca a los padres. Esto ocurre generalmente cuando algún «amiguito» se adelanta a hacer la revelación. Si en casa se le ha tenido engañado con los cuentos de la cigüeña y París, el niño y la niña consideran «malas» esas «cosas», por el mero hecho de habérselas ocultado, «pues sólo las cosas que no están bien, se ocultan». Entonces una especie de pudor, de miedo, y hasta un sentimiento de culpabilidad, más o menos inconsciente, hacen que se cierren a los mayores. Por eso hay que tener muy presente que el hecho de que el niño, y mucho más el adolescente, no pongan a los adultos preguntas de esta índole no significa, ni mucho menos, que vivan al margen de toda preocupación de tipo «sexual», como parecen creerlo bastantes padres².

Frente a esas preguntas «temidas» del niño, los padres, a quienes generalmente van dirigidas, pueden adoptar, y adoptan de hecho, varias actitudes:

² Esta afirmación no es apriorística. Se apoya en las respuestas de muchos padres a una encuesta sobre el mismo asunto realizada entre ellos con un éxito muy relativo.

a) No contestar, fingiendo no haberlas oído o desviando rápida y políticamente la atención del muchacho hacia otra cosa. A veces, hasta se le reprende por preguntar cosas «que no debe saber», en opinión de los adultos.

b) Refugiarse en la mentira, acudiendo al mito de París y a la patraña de la cigüeña.

c) Salir con la evasiva de que son cosas que no las puede entender ahora; que ya se le explicarán cuando sea mayor.

d) Decir sencillamente la verdad. Una verdad, claro está, adaptada a la capacidad de la mente infantil.

Sea cual fuere la reacción del adulto, de los padres, ante estas preguntas del niño, se salta del campo estrictamente psicológico en el que se formulan, al pedagógico. Quiérase o no, se plantean auténticos problemas de educación.

Véase, por ejemplo, si no fue un problema de educación, y además un problema grave, el que le planteó su madre al muchacho que hace la siguiente declaración:

«Del origen de los niños me enteré a los nueve o diez años, aproximadamente. Recuerdo que me lo dijo una niña de mi edad que todavía creía en los Reyes Magos. A cambio de su información, yo la conté el secreto de los Reyes. Fue un verano, en un pueblo de Asturias. Esa misma noche se lo pregunté a mi madre, quien, con gran apuro, me volvió a mentir con lo de la cigüeña» (15,4).

Las consecuencias de esta actitud desafortunada por parte de la madre, helas aquí expresadas por el propio protagonista al cabo de cinco o seis años:

«A mí... me hizo mucho daño el que mi madre no me aclarase la duda a su debido tiempo. Después del error de mi madre de volverme a mentir, pregunté a amigos, consulté libros; por fin hablé con un sacerdote, quien me aclaró todas las cosas.»

Y apostilla:

«Por desgracia, me falta confianza con mis padres... Las madres deberían tener *confianza* mutua con sus hijos incluso a los diez, once y doce años.»

Este caso no es insólito. En una forma o en otra se repite con frecuencia, con las mismas protestas por parte de los muchachos y de las muchachas y con parecidas consecuencias.

Véase, por ejemplo, la forma de expresarse de una adolescente al

exponer el modo como se enteró de la parte del padre en la procreación:

«Me lo dijo una criada. Yo se lo dije a mamá, y ella intentó engañarme diciendo que todo era mentira. Naturalmente, yo me di perfecta cuenta de que mi madre mentía; pero ella creyó que me había convencido.»

Las reflexiones de esta muchacha con motivo de la reacción de su madre no requieren comentarios. Su elocuencia es arrolladora:

«¿Cómo se puede tener confianza —dice— con una madre que miente en cosa así?»

Y continúa:

«Nunca hay que mentir en estas cosas. Lo único que se consigue mintiendo es que la niña pierda confianza con la persona que la miente. Se tiene suficiente inteligencia para darse cuenta de cómo son las cosas.»

EL PORQUÉ DE ESTA ENCUESTA.

Casi todos los que se han preocupado del problema de la iniciación sexual de los niños afirman que, hoy por hoy, padres y educadores consideran tabú cuanto se relaciona con estas cuestiones. En consecuencia, no se atreven a tratar de ellas con sus hijos y educandos. Adoptan, sencillamente, la política del silencio. Pero con ello no se suprimen los problemas ni se sacia la sed de saber de los muchachos. Estos, al no recibir las ansiadas aclaraciones de quienes debían dárselas en primerísimo lugar, llaman a otras puertas en busca de soluciones. El amigo y la amiga, el criado y la criada, el libro y la revista, las conversaciones escuchadas a hurtadillas, etc., se convierten así en vehículos de información sexual. Pero de información turbia y pecaminosa, que puede repercutir gravemente en el equilibrio afectivo, intelectual, moral y religioso del niño y del adolescente, aun en el caso de que reciban ulteriormente una ilustración sana y santa ³.

Mas lo que tal afirman son, por lo general, autores extranjeros. En España, que nosotros sepamos, no se ha llevado a cabo ningún estudio de envergadura de este género entre muchachos, y mucho

³ Un muchacho de 16,11, iniciado torpemente por un «amigo» y con efectos moralmente desastrosos, comenta: «Aunque luego intenté encauzarlo por medio del confesor, siempre llevé un lastre molestísimo y muy fastidioso.»

menos entre muchachas. Y si se ha realizado, no se han hecho públicos sus resultados ⁴.

Ahora bien, a nosotros nos interesa saber si también los padres y educadores españoles siguen la corriente general o si reman contra ella; y si nuestros actuales adolescentes han tenido igual o mejor suerte que los de otros países.

Hemos pretendido hallar respuesta a estas interrogantes mediante la encuesta ya publicada y la que vamos a estudiar en el presente trabajo.

Se trata, sencillamente, de conocer, a través de sus propias declaraciones, cómo y con qué efectos han sido iniciados nuestros jóvenes en las cuestiones relacionadas con el origen de la vida, con el fin de orientar adecuadamente a los encargados de su educación, y en particular a los padres. Al intentarlo, hemos evitado cuidadosamente tanto el provocar en los consultados autoanálisis más o menos morbosos de tipo sexual como el arrancarles revelaciones y secretos de su vida moral íntima. Buscamos tan sólo datos objetivos y concretos que los adolescentes pueden confiar sin repugnancia y sin necesidad de atormentarse, pero cuya interpretación sea fuente de luz para el mejor conocimiento y tratamiento de nuestros educandos en este aspecto determinado.

Hay que decir, no obstante, en honor de la verdad, que buena parte de las declaraciones recibidas, tanto de los adolescentes como de las adolescentes, son, en el fondo, auténticas confesiones de cosas íntimas que hasta este momento no habían sido confiadas a nadie. En su afán de sinceridad y en su deseo manifiesto de ayudarnos, nuestros colaboradores han declarado bastante más de lo que se les pedía, lo que hemos aprovechado para analizar mejor y en más aspectos el pensamiento y el alma juveniles.

En confirmación de lo que acabamos de afirmar, y por su excepcional interés, traemos aquí la carta que una adolescente nos ha remitido juntamente con la encuesta para aclarar o ampliar algunos datos de ésta. No creemos, al hacerlo, faltar a la discreción, por quedar perfectamente asegurado el anonimato y por autorizarnos implícitamente

⁴ Posteriormente al primer trabajo realizado por nosotros, ha aparecido otro de Alfredo Colorado realizado en los Colegios Marianistas del Pilar y Santa María de Madrid. No tiene, pues, carácter nacional, aunque los resultados coinciden bastante con los nuestros.

a publicarla su autora, al pretender que sea como «un grito angustiado» que haga «despertar a todos los padres del mundo»⁵.

«Apreciado señor:

He dudado mucho antes de llenar esta encuesta. Podía haber puesto lo que la mayoría de mis compañeras contestarán. ¡Hubiese sido tan fácil!

Y, sin embargo, he querido ser sincera con usted. Ya que trata de que otras conozcan de manera limpia lo que yo supe, merece la colaboración y la confianza de todas nosotras, las jóvenes.

Quisiera que mi carta fuese un grito angustiado que hiciese despertar a todos los padres del mundo.

No, no me tacho de vanidosa por ello, pues sé que lo que me sucedió a mí fue horrible, de acuerdo. Pero yo era una niña como las demás, con unos padres como las demás, con unas amigas como las demás, y aquello sucedió. La próxima protagonista de esta horrible historia podría ser la hija de cualquiera de esos padres que dicen, mirando a su hija que sonríe dormida: "Es un ángel."»

Se trata de una muchacha de quince años y once meses. Se enteró del origen verdadero de los niños hacia los cinco o seis años. Y comenta:

«Supongo que le parecerá pronto. Sé que mi caso es particular y extremado, pero quiero ser sincera, porque a más de liberarme de algo que nunca había dicho, quiero advertir a los padres de lo que puede suceder. Todo lo que sigue es totalmente cierto.»

De ese origen se enteró por una amiga, y al declararlo, añade:

«Han sido siempre amigas mayores las que me han enseñado esto, ya que he ido siempre en clase adelantada con respecto a mi edad.»

Los efectos de ese modo de informarse le fueron perjudiciales, pues, como ella misma confiesa:

«Con esa edad no podía entenderlo casi, y me llenaba de dudas, que a nadie preguntaba, como es natural.»

En cuanto a los sentimientos que experimentó entonces, escribe:

«No los recuerdo muy bien, debido al tiempo. Pero tuvo que ser de extrañeza al conocer la verdad así, tan crudamente, cuando casi, casi todos creemos en la cigüeña aún. También algo de repulsión.»

De la parte que le corresponde al padre en la procreación de los niños se informó «a los seis años todavía no cumplidos».

⁵ Son muchas las cartas que nos han llegado y cuyo contenido es muy semejante al de la que publicamos, salvo el hecho de la experiencia sexual tan prematura.

«Fue por un amigo. Era mayor que yo.

Me dijo:

—¿Sabes lo que hay que hacer para tener un niño?

—No.

—¿Quieres que lo hagamos?

—Sí.

Así fue como perdí la pureza, antes de tenerla.»

Evidentemente, esa forma de enterarse le produjo efectos «muy perjudiciales».

«Me costó mucho darme cuenta de lo que había hecho (hasta el catecismo en plan de la comunión). Y aun hoy, aunque ya lo he vencido, sigue en mí el efecto de aquello, que le aseguro que nunca podré olvidar. Y si me caso y tengo hijos, le aseguro que pondré de mi parte todos los medios para evitarles lo que he tenido que pasar para ser una chica como las demás: una joven llena de las más puras ilusiones, cuando había conocido la vida antes de comprenderla; para volver a confiar en el amor, en todo lo bello del mundo, cuando llegué a la edad de los sueños, y la lucha dura y solitaria (pues a nadie he confiado esto) que he tenido que llevar contra la amargura y el desengaño.»

Los sentimientos que experimentó al hacer este segundo descubrimiento fueron, dice:

«Una repulsión tremenda hacia los chicos, y el amor, y el matrimonio.»

Su «experiencia» le autoriza a decidirse rotundamente por la existencia de una persona encargada de revelar con claridad a las muchachas el origen verdadero de los niños y porque esta revelación se haga

«Mucho antes de lo que los padres suponen que hay que matar la cigüeña.»

A la pregunta sobre la persona que juzga más indicada para hacer esta revelación, responde:

«Supongo que la más indicada es la madre; pero a mí, personalmente, han sido siempre los libros los que me han formado claramente en este sentido.»

A dicha persona exigiría:

«Que lograrse no sentir vergüenza al hablar de esto, para que las niñas tampoco la sientan; naturalidad y sencillez en sus explicaciones.»

«Según los niños», se escogerá una u otra edad para descubrirles que proceden de las madres, cuidando de

«Nunca meterles el cuento de la cigüeña, porque al enterarse de la mentira, pierden la confianza en los padres... Una buena solución —continúa— sería decirles, cuando lo pregunten, que la mamá los lleva cerca del corazón. De momento les satisfará, y cuando quieran saber más, será el momento de decírselo de manera adecuada para su edad.»

Para irles iniciando en la parte del padre:

«Decirles siempre que hace falta que el papá y la mamá se quieran mucho para que Dios les haga nacer. Y crear mucha confianza para que, llegado el momento, sepan y puedan preguntar sin falsa vergüenza. Si antes se les ha dicho claramente lo de la madre, vendrán a nosotros cuando llegue el momento. Si no, llegadas a cierta edad, doce años, más o menos, creo que es preciso decírselo.»

Como nota personal, subraya:

«Que el amor es algo maravilloso, y todo lo de esta encuesta, también. Y es una pena que por culpa de los mayores, porque es en gran parte culpa de ellos, lo difamemos por no saber a tiempo y con claridad lo que TENEMOS DERECHO A SABER.

Esta carta —termina diciendo— me ha servido de gran liberación psicológica.

Le agradezco mucho que se interese por la iniciación de las jóvenes al problema sexual. Es algo que merece el interés de la gente. Sepa que todas nosotras le apoyamos.

Gracias, y hasta siempre.

Una joven.»

PRESENTACIÓN Y REALIZACIÓN DE LA ENCUESTA.

Tratándose de una encuesta de este tipo, había que rodearla de toda clase de precauciones, para hacerla lo menos comprometedora posible y asegurar el éxito. La primera medida para conseguirlo ha sido presentarla impresa y acompañada de un sobre con la dirección del promotor. Después se ha invitado a las muchachas a contestarla en casa, fuera del aula de clase. En el caso de alumnas internas, se les ha aconsejado que lo hicieran en sus habitaciones, si disponían de ellas.

Una vez contestada, cabían dos opciones para hacerla llegar a nuestra residencia de Tejares. La primera, entregarla en sobre cerrado a la responsable de la misma en el Colegio, generalmente la Superiora o la Prefecta, con la seguridad de que se respetaría fiel-

mente el secreto. La segunda, remitirla directamente por correo. Casi todas las participantes se han decidido por la segunda opción. De este modo se han logrado el secreto y el anonimato más absolutos y se ha podido obtener la impresionante sinceridad que aparece en la mayoría de las respuestas.

ACOGIDA Y CONTESTACIÓN DE LA ENCUESTA.

Dado el carácter tan íntimo y personal de la encuesta, realizada, por otra parte, en las condiciones anteriormente apuntadas, había que contar con un buen porcentaje de protocolos perdidos. Pues bien, de los 2.062 ejemplares repartidos, nos han devuelto 845 debidamente cumplimentados, lo que supone un 40,9 por 100 de colaboración. Si se tiene en cuenta que en algunos centros no se han distribuido todos los ejemplares solicitados y que algunas contestaciones pueden haberse quedado «en camino», amén de otros pequeños incidentes que siempre ocurren, podemos creer razonablemente que se ha conseguido alrededor de un 45 por 100 de colaboración.

Ese relativo subido porcentaje habla bien alto del interés que ha despertado entre las adolescentes el tema de la encuesta. De hecho, en todas partes ha sido acogido con entusiasmo y simpatía. Exactamente lo mismo que aconteció con la de los adolescentes, lo que prueba que el problema es idéntico en éstos y en aquéllas. Tenían, vienen a decir, necesidad de una encuesta de este tipo para desahogarse, para manifestar sin reticencias sus sentimientos personales sobre un punto que tanto ha atormentado a no pocas por la inhibición incomprendible de padres y educadores.

Por eso, muchas felicitan efusivamente a los organizadores por esta «idea fenomenal», «bárbara», «extraordinaria». Muchas les desean suerte y acierto en el estudio de las respuestas. Muchas piden que se publiquen los resultados para que lleguen a conocimiento de padres y educadores. Muchas desean, y esperan, se sigan de aquí reales beneficios para las futuras niñas y adolescentes.

La simpática acogida dispensada a la encuesta ha influido no sólo en la cantidad de las contestaciones, sino, sobre todo, en la calidad de las mismas. En todas aparece un sello manifiesto de seriedad. Los juicios y las apreciaciones revelan ponderación y madurez de espíritu poco comunes. Las muchachas, lo mismo que antes los mucha-

chos, se han dado perfectamente cuenta de la trascendencia de sus declaraciones y del alcance de cada una de sus respuestas.

Por otra parte, y ésta es también una señal de madurez, la casi totalidad han captado la finalidad del trabajo. De ahí que en sus manifestaciones late explícita o implícitamente una visible preocupación apostólica. Al exponer su caso, al emitir una opinión, al aventurarse a dar un consejo, apoyándose en su experiencia personal, incluso al quejarse, a veces amargamente, contra el inhibicionismo de sus padres y educadores, lo hacen siempre pensando en el bien de las muchachas en general, y más especialmente en el de sus hermanos y hermanas menores, y también, ¿por qué no?, en el de sus futuros hijos.

Damos a continuación algunos testimonios para confirmar cuanto dejamos dicho. Los hemos tomado al azar. Puede que no sean los más representativos ni los más elocuentes. Son, sencillamente, los primeros que nos han salido al paso. Por lo mismo, los citamos sin ordenarlos ideológicamente ⁶.

«Gracias por la encuesta. Me ha servido de desahogo» (15,3).

«Disculpe el rollazo. Pero es la primera vez que puedo confiarlo a alguien» (19).

«Tengo cinco hermanas y me encantaría que a ellas no les pasara lo que a mí. Por ello veo muy bien el hacer estas encuestas. Estoy contenta de poder ayudarle. Que todo salga bien» (16,3).

«Doy gracias a Dios de que alguien se encargue de esto, que me reo hacia falta» (16,6).

«Gracias por querer ayudar a las jóvenes. Lo necesitamos» (18,9).

«Gracias, Padre. Menos mal que hay una persona que nos quiere comprender y ayudar» (16,5).

«Espero, Padre, que con estas mis humildes respuestas y otras tantas saque una conclusión verdaderamente necesaria, la cual espero leer algún día, por si Dios me tiene reservado un puesto en la sociedad o en la familia» (18,1).

«Que sean muy útiles mis declaraciones para usted, y después para las suyas para todas las niñas. Si a mí me lo hubiera dicho mi madre, hubiera sido mejor para mí» (19,9).

⁶ Como en las demás citas que hemos dado ya, y que seguiremos trayendo a lo largo del trabajo, respetamos escrupulosamente la redacción de los originales, aunque presente una forma defectuosa e incorrecta. Sólo nos permitiremos modificar o completar la puntuación cuando sea necesario para la recta comprensión del texto. También cambiaremos la ortografía si no está conforme con las normas actualmente en vigor.

«Es una cosa estupenda que usted haga esto, para que las jóvenes tengan conceptos claros» (18,5).

«Sentiría que hubiera contestado sin sinceridad. He procurado tener toda la que podía. Pero no recuerdo bien algunas cosas» (16,4).

«Lo que deseo es que mis declaraciones le sean útiles» (18,6).

«Creo que no tengo más que añadir. Nada más que darle la enhorabuena por tan apreciable labor» (16,5).

«Yo agradecería que dieran a conocer los resultados, pues así estaríamos mejor formadas y no tendríamos tantos conceptos falsos» (15).

«Lo primero, quiero felicitarle, Padre, por su idea tan fenomenal al ocuparse de esto. No lo deje de la mano, por favor. Yo, por mi parte, a mis hijos pienso darles una buena formación en todo» (16,8).

«Le diré que ha sido una idea muy acertada el haber hecho esta encuesta. Pues son pocas las chicas y jovencitas que tienen una educación buena sobre este tema. Espero le dé resultado» (15,5).

«Gracias, Padre, porque hay alguien que se da cuenta de lo que estos problemas significan para las niñas» (19,1).

«Si esto sirve para quitar a alguien las dudas por las que yo he pasado, estaría muy satisfecha» (16,7).

«Soy la mayor de todos mis hermanos y me da pena pensar que ellos tampoco van a recibir la información que se necesita, pues no lo han hecho conmigo, tampoco lo harán con ellos. Me gustaría ayudarlos» (17,3).

«¡Por favor, Padre!, haga todo lo posible por que las chicas reciban esa información de otra forma distinta a la que la recibí yo» (18,3).

«Me parece muy beneficiosa e interesante su encuesta. Espero que se saque mucho fruto de ella. Yo he sido lo más sincera posible. Aunque no valen nada mis respuestas, ahí las tiene. Suerte» (16,1).

«Me gustaría saber el resultado de esta encuesta» (17,3).

«Me parecen unas encuestas estupendas, ya que por medio de ellas, por sus resultados, se puede dar a entender a muchos padres la obligación que tienen, sin que sus hijos se enteren por otros medios que pueden causarles malos efectos» (18,6).

«Me gusta la idea de poder ayudar a usted con mis contestaciones, y espero haberle sido útil en algo» (15,11).

«Perdone si lo he hecho con poca delicadeza, aunque he puesto sumo cuidado y hecho con suma sinceridad. Les ruego, por favor, que intenten poner medios para que se solucione. ¡Muy agradecida!» (17,2).

«Le deseo que saquen el mayor provecho posible. Yo he contestado sinceramente» (19,6).

«Me parece bárbaro que se preocupen de estas cosas, que pueden formar muy bien a las chicas» (16,2).

«Espero que les sirva de algo esto, que es mi vida, y que lo he hecho con la voluntad de poder ayudar a las que vienen al mundo y les esperan todas estas cosas como a mí» (15,6).

«Tan sólo deseo felicitarle por su trabajo y decirle que, ya que no me enteré de estas cosas por medio de mi madre, usted, con su trabajo, haga lo posible para que esto que me ha sucedido a mí, no suceda ya más (en) adelante. ¡Gracias!» (16,2).

«Encuentro magnífica la idea de estas encuestas, y se lo agradezco por el gran bien que van a hacer» (16,11).

«Le doy las gracias en nombre de otras chicas, que hoy son pequeñas, por este trabajo que quiere hacer, ya que esto, tal como ha sido en mí un problema, no lo será en otras» (17,5).

«A mí no me agrada contestar este tipo de encuestas. Pero lo hago porque tengo hermanas más pequeñas, y no me agradaría que se enterasen por las amigas, porque esto es lo peor y, en general, porque así ayudo a todos los que pasan por esta etapa de la vida» (15,11).

«Me alegro muchísimo del trabajo que está realizando, porque es en bien de los que ahora están con estos problemas, por los que pasamos todos, y, sobre todo, es necesario instruirnos a nosotros, futuros padres, para que tengamos en cuenta a nuestros hijos, con especial atención en esa edad crítica» (18).

«Creo, y perdone, que las gracias debemos dárselas a usted, pues poca gente se preocupa actualmente del problema de las muchachas. ¿No somos iguales hombres y mujeres? ¿Por qué entonces esa predilección de los sacerdotes por los chicos? Gracias por el bien que hace a las muchachas venideras» (17).

«Quizá no sean las respuestas exactas. Pero, desde luego, (son) sinceras, queriendo colaborar en el bien de la juventud» (17).

Podríamos alargar indefinidamente la lista de citas. Basta con las traídas para que el lector se forme idea cabal de la sinceridad de nuestras jóvenes. Al leer sus declaraciones, se saca la impresión de que realmente necesitaban una encuesta así, sobre estas cuestiones tabú. Ha sido para ellas como un rayo de esperanza y una brisa reconfortante el encontrar a un adulto que, preocupado por sus problemas, les consulta sobre lo que, en general, sólo se atreven a tratar con las amigas, y les pide su parecer acerca de cuestiones que sus educadores, por «cobardía», «falso pudor» o temor de «hacerles per-

der la inocencia», considerándolas «eternas niñas» o «crías» —son sus propias expresiones—, se callan inconcebible y lamentablemente.

El «gracias porque me ha permitido dar mi opinión», con que termina sus declaraciones una adolescente de quince años y nueve meses, es bien sintomático. Está diciendo que, en el fondo, la joven, como el joven, tiene necesidad de confiar sus dudas, temores e inquietudes, no a cualquiera, sino a una persona adulta. Sólo que no se siente las más de las veces con la suficiente confianza y decisión para dar el primer paso y entablar el diálogo. Espera que el otro inicie el movimiento de simpatía y acercamiento. Pero esto no se da más que en contadas ocasiones. ¡Y es lástima! ¡Cuántas catástrofes religiosas, morales, intelectuales y psíquicas se hubieran podido evitar!

EL CONTENIDO DE LA ENCUESTA.

Igual que la de los muchachos, la encuesta dirigida a las muchachas se abre con una breve presentación para entrar en contacto con ellas, ganar su confianza y asegurar su colaboración.

Hela aquí:

«Apreciada joven:

Acudo a tu valiosa e insustituible colaboración para realizar un trabajo de investigación en torno al problema de la iniciación sexual de las muchachas.

Lo que te pido no exige mucho esfuerzo. Puedes contestarlo fácilmente. Pero, eso sí, que tus respuestas sean del todo sinceras. Si no estás dispuesta a esto, es mejor que no contestes.

No creas que busco con estas preguntas curiosear en tu vida íntima. Tan sólo persigo, a través de tus declaraciones, contribuir a dar una correcta iniciación a las niñas y ayudar a las jóvenes a quienes, o no les han resuelto este problema, o se lo han resuelto mal.

No firmes tus respuestas. Deben ser completamente anónimas.

Antes de contestar a ninguna pregunta, lee bien todas y cada una, para evitar repeticiones.

Muchas gracias por tu colaboración.»

En cuanto al contenido, la encuesta de las adolescentes coincide, en el fondo, con la de los muchachos. Sin embargo, la experiencia adquirida al redactar y estudiar esta última, las atinadas observaciones que nos hicieron los propios encuestados y los fenómenos típicos de la pubertad femenina, que tan profundamente pueden influir en el comportamiento de la muchacha, nos han movido a cambiar la forma de presentar alguna de las preguntas y a aumentar el número de las mismas. Con ello, esta segunda encuesta ha ganado en riqueza, obje-

tividad y claridad, lo que no ha dejado de repercutir en los resultados.

Damos a continuación su redacción definitiva, tal y como ha sido entregada a nuestras colaboradoras.

1. Edad, años, meses Ciudad en que vives.
2. ¿A qué edad te enteraste *por primera vez* —indícalo lo más aproximado que puedas— de que los niños provenían de las madres?
Si lo deseas, puedes añadir alguna aclaración.
3. ¿De qué modo te llegó esa información *por primera vez*?
A través del padre, de la madre, de ambos a la vez, de un sacerdote, de un amigo, de una amiga, de un profesor seglar, de un profesor sacerdote o religioso, de una profesora seglar, de una profesora religiosa, de un hermano, de una hermana, de un primo, de una prima, de un tío, de una tía, de un criado, de una criada, de un libro, de conversaciones escuchadas a personas mayores.
Subraya en la lista anterior nada más *por medio de quién te enteraste por primera vez*. Si no estuviere en la lista, indícalo tú misma. Si lo deseas, puedes añadir alguna aclaración.
4. Esa forma de enterarte señalada en el número anterior, ¿te produjo efectos morales: muy beneficiosos, beneficiosos, indiferentes, perjudiciales, muy perjudiciales? Puedes añadir alguna aclaración, si lo deseas.
5. ¿Qué sentimientos experimentaste al enterarte de que los niños proceden de las madres?
6. ¿A qué edad te enteraste *por primera vez* —indícalo lo más aproximado que puedas— de la parte que tiene el padre en la procreación de los niños? Si lo deseas, añade alguna aclaración.
7. ¿De qué modo te llegó esa segunda información *por primera vez*? (Consulta la pregunta número 3.) Si lo deseas, añade alguna aclaración.
8. Esa forma de enterarte, señalada en el número anterior, ¿te produjo efectos morales: muy beneficiosos, beneficiosos, indiferentes, perjudiciales, muy perjudiciales? Subraya lo que juzgues más acertado. Puedes añadir alguna aclaración, si lo deseas.
9. ¿Qué sentimientos experimentaste al enterarte de la parte que tiene el padre en la procreación?
10. ¿Crees que debería existir una persona encargada de revelar con claridad *a las muchachas* el origen verdadero de los niños?
11. ¿Qué persona (o personas) te parece más indicada para dar esa instrucción *a las niñas* sin que les cause efectos moralmente perjudiciales?
12. ¿Qué cualidades exigirías tú en esa (o esas) persona?
13. ¿Qué edad te parece más oportuna para recibir esa revelación sin daño moral?:
 - a) Que los niños provienen de las madres.
 - b) La parte que le corresponde al padre.
14. ¿Te han hablado alguna vez de la menstruación?
¿Antes de que se produjera en ti por primera vez?
¿Quién?
¿A qué edad?
¿Te hicieron bien estas aclaraciones?
¿Tienes alguna queja en este sentido?
¿Contra quién?
¿Por qué?

15. Por fin, si deseas añadir algo que pueda serme útil sobre tu caso particular o sobre el tema de la encuesta, te lo agradeceré.

CARACTERÍSTICAS DE LAS PARTICIPANTES.

Con el fin de apreciar en su verdadero alcance los resultados de la encuesta, conviene advertir que, intencionadamente, la hemos limitado a una categoría especial de adolescentes.

En primer lugar, sólo la han contestado alumnas de Colegios de religiosas, a los que agradecemos sinceramente su valiosa colaboración⁷. Sin su benévola acogida y decidida ayuda, nada hubiéramos podido hacer.

Es cierto que no todos los que prometieron ayudarnos, o al menos nos dieron ciertas esperanzas, se han decidido a hacerlo. No sabemos por qué. Como datos curiosos, diremos que en una ciudad, después de visitar personalmente, y armados de paciencia, a las responsables de siete colegios, sólo conseguimos la colaboración de tres. En otra localidad, de dos centros visitados también personalmente, ninguno se decidió. En una tercera población, se enviaron por correo sendas circulares a las Superiores de los cinco Colegios que nos parecieron más importantes, sin que ni siquiera una se dignase acusar recibo. ¿Creyeron, tal vez, que se trataba de «un plato demasiado fuerte para sus niñas», como se objetó en determinado centro? ¿Temieron que esto diera pie a las muchachas para criticar el sistema educativo de tal o cual Colegio? Por nuestra parte, confesamos sinceramente que no podemos explicarnos semejante actitud. Si con ello, como queremos suponer, se pretendió salvaguardar los intereses, del tipo que sean, de las alumnas, alabamos la buena intención, pero no creemos que se haya conseguido nada. Es más, de conocer tales intenciones las interesadas, tenemos la seguridad de que no se lo agradecerían a sus celosas educadoras. ¡Al revés! Nos lo están diciendo las declaraciones de las muchachas que han contestado a la encuesta, cuya mentalidad suponemos muy semejante a la de las que no han tenido oportunidad de hacerlo.

Por otra parte, se ha creído oportuno limitarla a los cursos Sexto y Preuniversitario del Bachillerato General, Sexto y Séptimo del Bachillerato Laboral y Segundo y Tercero de Magisterio. Las razones

⁷ Para ser del todo exactos, hay que decir que también han colaborado dos centros oficiales: los Institutos de Enseñanza Media femeninos de Vigo y Manresa.

son obvias. Estas muchachas, salvo raras y lamentables excepciones, están ya perfectamente al corriente de cuanto se relaciona con las cuestiones del origen de la vida. No se corre, pues, el riesgo de descubrirles ningún secreto con las preguntas propuestas. Tampoco hay peligro de crear en ellas situaciones de angustia o desasosiego. Por otra parte, todas ellas conservan aún frescas las experiencias y vivencias propias de la pubertad. Pueden, por lo mismo, ser más efectivas en sus declaraciones que los individuos de más edad. Finalmente, la adolescente, en estas edades, atraviesa un período de relativa calma y serenidad, que contrasta con el desequilibrio típico de los años anteriores. Eso mismo le permite ser mucho más ponderada y objetiva en sus respuestas.

Nos encontramos, pues, con que, desde el punto de vista cronológico, nuestras juveniles colaboradoras se van a situar entre los quince y los diecinueve años. Habrá también algunas unidades de veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés e incluso veinticuatro años.

Para que el lector se forme idea exacta y cabal del ambiente de las muchachas consultadas, ponemos aquí la lista de las ciudades que están representadas en el trabajo y la de los Colegios que nos han ofrecido y prestado colaboración efectiva.

Manresa: Compañía de María. Instituto de Enseñanza Media «Luis de Peguera».—*Salamanca*: Hijas de Jesús, Siervas de San José, Esclavas, Institución Teresiana.—*Madrid*: Irlandesas, Saint-Maur, Marianistas.—*Zaragoza*: Jesús María, Compañía de María, San José.—*Bérriz*: Mercedarias Misioneras.—*Bilbao*: Colegio de la Vera Cruz.—*Valladolid*: Colegio de la Enseñanza, Carmelitas, Teresianas, Hijas de Jesús.—*Santander*: Teresianas, Sagrados Corazones, Mercedarias.—*Segovia*: Hijas de Jesús.—*Palma de Mallorca*: Colegio Madre Alberta.—*Málaga*: Hijas de Jesús.—*Jerez de la Frontera*: Compañía de María.—*Sevilla*: María Auxiliadora, Santa Joaquina de Vedruna.—*Vigo*: Hijas de Jesús, Instituto Femenino de Enseñanza Media.—*San Sebastián*: Compañía de María.—*Vitoria*: Colegio del Sagrado Corazón.—*Almería*: Hijas de Jesús.—*Córdoba*: Teresianas, Sagrada Familia, Escolapias.

Terminamos esta primera parte del trabajo agradeciendo una vez más su colaboración a las respectivas Superiores y Prefectas de todos estos centros. Traemos igualmente aquí los nombres de las Reverendas Madres Carmen Tena Artigas, Directora de la Congregación Mariana de antiguas alumnas del Colegio de las Esclavas de Salamanca,

y Anunciación Febrero Lorenzo, Profesora de la Universidad Pontificia, quienes se han ofrecido amablemente a revisar el texto de la encuesta antes de su impresión. A ellas también nuestro sincero agradecimiento.

(Seguirá.)